

NO sé a quién se debe la marca, pero la selección nacional de fútbol ya tiene un nombre y un espíritu competitivo. Los Kubala Boys. Las aventuras y desventuras de la selección nacional de fútbol podrían llenar un capítulo entero de la Historia del Quiero y no Puedo, Historia que en España explica buena parte del desarrollo de nuestro lenguaje épico. En veinte años sólo ha llegado a tres finales de los Campeonatos del Mundo: en la primera se clasificó en cuarta posición, en la segunda y la tercera no pasó a los cuartos de final. Sólo en una ocasión, durante los Campeonatos de Europa de 1964, se obtuvo una victoria de cierta resonancia: el Campeonato de Europa sobre el equipo de la URSS.

Desde entonces, pocas victorias obtenía la selección nacional. Las victorias se conseguían a nivel irlandés, que es algo así como la victoria de un «seiscientos» sobre un Biscuter en un recorrido de cinco kilómetros. Había un auténtico espíritu noventayochista en el seno de nuestra cultura futbolística. Los Baroja, Azorín, Unamuno, Maeztu y Valle-Inclán de la prensa especializada tuvieron su hundimiento del Maine en la derrota ante Finlandia. Una profunda corriente regeneracionista salió a flote. Las hechuras zarrunas de nuestras glorias pasadas eran historia, había que sentar las bases del porvenir. El pan y escuelas de los profetas del regeneracionismo decimonónico se convertía en leche americana en polvo y deporte, como base para conseguir una juventud mejor preparada físicamente. ¿Fútbol de fuerza o fútbol técnico? «Este último —decía Domingo Balmanya, convertido en el Ortega y Gasset de los entrenadores— es imposible sin el anterior». Y añadía: «Es la potencia física la que consigue poder llegar a la perfección técnica, es el músculo el que posibilita la habilidad y la inspiración».

Pero sin dar tiempo a que el «Contamos contigo» rindiera sus frutos infraestructurales (apenas lleva cuatro o cinco años de acción pública), de pronto, bajo la batuta de Kubala, la selección nacional empieza a ganar partidos. No partidos a nivel irlandés, sino partidos a nivel europeo. La profunda corriente noventayochista no acaba de creérselo. Duele prescindir de los planteamientos masoquistas. La corriente no menos triunfalista está exultante y de-

LOS KUBALA BOYS



sempolva el lenguaje de Rubén Darío y Ernesto Giménez Caballero para estar a la altura de las gestas de la selección. Urge una explicación científica.

Un cronista deportivo muy aficionado a la ciencia ficción, me decía que la única explicación posible es la aplicación de la ley del mutante. De pronto, en el devenir histórico, aparece el hombre, la raza o el sector humano que significa un cambio cualitativo con respecto a todo lo anterior. La selección de Kubala es una selección mutante.

De Budapest al Olimpo

De momento, el nombre de lanzamiento publicitario que ha recibido la selección ya indica que los tiempos cambian. De mano de Kubala han cambiado muchas cosas en la cultura futbolística española. Fue él quien nos enseñó a proteger la pelota con el cuerpo, a sacar los libres directos con efecto, a fingir más que a regatear y en cierta manera cumplió un papel equivalente al del autor de *Yo escogí la libertad*. Joven cabeza visible de un equi-

po de futbolistas húngaros fugitivos del terror rojo (el Hungría), Kubala tuvo sus rasgos de símbolo político, que si bien en un principio no cultivó demasiado, después volcó con generosidad en aquella película inefable titulada *Los ases buscan la paz*.

Entonces Kubala ya había contribuido a la cultura futbolística del país en un doble plano: había elevado la sabiduría técnica de nuestros jugadores y había instaurado el reino del ídolo con nombre extranjero que después le ayudaron a cimentar los Di Stéfano, Wilkes, Koppa, Evaristo, etc., etc. Si hoy se pueden pedir 15.000.000 de pesetas por el joven delantero centro del Santander, Santillana, debe agradecerse a la escalada de cotizaciones que en España iniciaron Kubala y Di Stéfano. Hasta la llegada de Kubala o Di Stéfano, los ingresos de un futbolista eran notables porque podía simultáneos con los que le daba un oficio determinado o un negocio. Después de Kubala, la profesionalización del fútbol empezó a teñirse de technicolor. Kubala daba la estampa ideal del profesional,

porque, pese a su vida asegurada, «... el fútbol le gusta más que la leche a los niños», según ha declarado expresivamente don Santiago Bernabéu. Un obseso del fútbol, Kubala ha alargado su profesionalidad activa todo lo que ha podido. Abandonó el Barcelona, club de sus orígenes y sus amores, y sólo el despecho que puede viajar entre los tocantes extremos del amor y el odio, le llevó nada menos que al Español. Allí cumplió su natural declive como jugador y confirmó sus deseos de entrenar. Pasos fugaces por distintos equipos nacionales y extranjeros. Incluso el pintoresco exilio futbolístico a Estados Unidos, donde aún ejerció como entrenador y jugador. Europa otra vez y finalmente el Córdoba, un equipo desahuciado, ya condenado a Segunda División que, en su coletazo final, bajo la dirección de Kubala, ganó partidos increíbles y con un magnífico estilo de juego.

Eran momentos críticos para la Federación y la selección. España acababa de ver cómo le hundían el Maine nada menos que en Finlandia. Todavía no



Gallego, uno de los dos gallitos (el otro es Pirri), que Kubala ha sabido encontrar. Ellos imponen un ritmo y sirven de ejemplo a sus compañeros.

muy lanzado el señor Ballarín, las Cortes actuales no tuvieron entonces la oportuna oratoria desgarrada que en su día gozó la guerra hispanoamericana. Pero los especialistas deportivos recurrieron a las mejores literaturas para glosar el entierro definitivo del espejismo zarrista y de los victoriosos Barcelona o Madrid de la Legión Extranjera.

Y entonces, por mecanismos muy poco clarificados, alguien propuso el nombre de Kubala. El nombre ya sonaba bien. Y en el lanzamiento de un producto publicitario esto es muy importante.

Victoria tras victoria

Bajo la dirección de Kubala, la selección nacional ha ido de victoria en victoria. Prácticamente cuenta con la misma base de jugadores con que contaron sus antecesores: Balmanya o el trío seleccionador. Iribar, Gallego, Uriarte, Pirri, Gárate, Amancio, Eladio, Sol, Rexach, Marcial, Luis, etc., etc., ya habían sido internacionales con los anteriores seleccionadores y prácticamente las únicas innovaciones de alineación regular aportadas por Kubala son Costas, Churruca y los menos repetidos, por distintas circunstancias, Gaztelu, Quini o Lora. Hay razones técnicas, tácticas y psicológicas que justifican el por qué con un mismo material humano básico ha conseguido resultados tan distintos: Kubala es un experto que sabe adaptar las características de un jugador a una función (ha puesto en su sitio a Gallego, a Costas, a Uriarte, etc.) y además sabe escoger jugadores que no sólo saben jugar en su sitio, sino practicar a la perfección el fuelle avance-retroceso, basado en unas condiciones físicas óptimas; ha sabido superar la teoría del «peinado» de Balmanya, que consistía en crear un equipo eminentemente defensivo que fuera diluyendo la fuerza atacante del adversario hasta diluirla completamente en el área propia; este sistema acaba por crear unos vicios en el comportamiento del jugador, convertido en vencido que intenta escapar a su sino mediante la defensa. Finalmente, en el capítulo psicológico, Kubala es un modelo vivo, es un jugador que pertenece a la mitología adolescente de los jugadores que hoy maneja, es decir, Kubala ha sido un «cromo» coleccionable en manos de un Gallego o un Rexach, ha sido un mito en la in-

fancia de los jugadores hoy en activo. Por otra parte, Kubala es hoy todavía un maestro en ejercicio. Puede jugar la pelota como el mejor y demostrar físicamente una instrucción táctica.

Todos estos ingredientes dan la explicación más exacta posible a la transformación de la selección nacional. Balmanya, que es un hombre muy inteligente, declaraba no hace mucho a un semanario deportivo que la figura del «líder» es muy importante en deportes de competición por equipos. Un líder en el campo o fuera de él. En el campo es el clásico gallito que manda, que polariza la moral de sus compañeros. Fuera del campo puede ser la autoridad carismática de un entrenador a lo Herrera.

Kubala ha sabido encontrar dos gallitos en el campo: Gallego y Pirri, jugadores autoritarios que por sus portentosas potencias físicas pueden imponer un ritmo y servir de constante ejemplo a sus compañeros. Fuera del terreno, él mismo es un líder, la primera parte de una marca fut-

bolística con prestigio en el mercado: los Kubala Boys, de la misma manera que cuenta como factor aglutinante la eficacia de la marca Helenio Herrera, Heriberto Herrera, Alf Ramsey, Matt Busby, Di Stéfano o en sus tiempos contaron las marcas Otto Gloria, Carniglia, Scarone, etcétera, etcétera.

Pero ahora viene la metafísica.

...

Nada que oponer al hecho de que el fútbol sirva de distracción a millones de espectadores y de oficio a unos cuantos centenares de profesionales. Mucho que decir al papel de alienante político que jugó y juega y a la trata de esclavos de oro que significa el comercio del jugador. Kubala es un buen conocedor de su oficio y la selección nacional puede mejorar el nivel de juego de los clubs si consigue niveles técnicos y morales óptimos.

Pero ya empiezan a advertirse síntomas de retorno a la metafísica imperial de propaganda a patadas. Con motivo del partido de Cagliari entre España e Italia, la actitud desafecta del público hacia el equipo italiano ha sido contrastada frecuentemente con el calor que rodea a la selección nacional cuando juega, por ejemplo, en Sevilla. Nadie ha recordado, en cambio, los pitos que se oyeron en el partido jugado contra Grecia en Zaragoza o los escasos espectadores que van a ver jugar a la selección cuando no lo hace

en Sevilla. Y en cuanto a la aceptación por parte del público sevillano habría que fichar a Eugenio Trías para que la interpretase a la luz de su teoría de los disfraces asumidos.

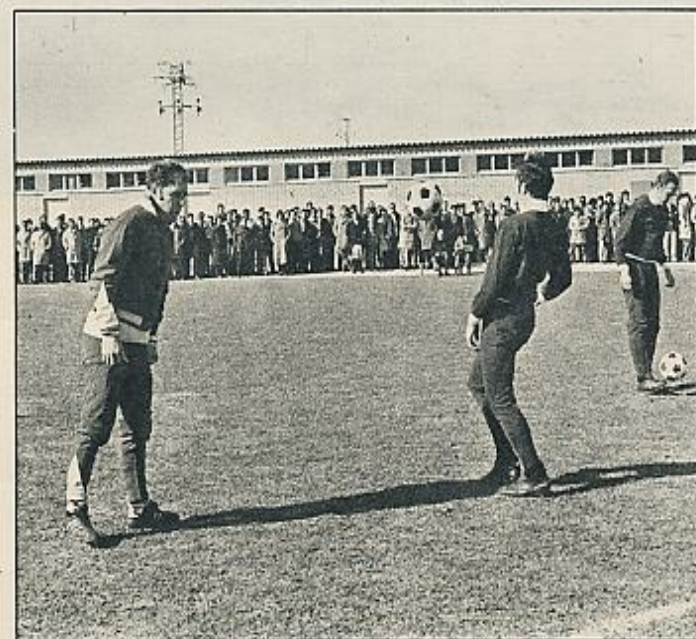
Una selección nacional de fútbol empieza ya a no cumplir papeles patrioterros. La prueba es que cuando pierde se queda sin clientes; en cambio, las naciones que vienen perdiendo sus combates históricos no por ello se quedan sin patriotas. Las peligrosas equivalencias política-deporte acaban por deteriorar los dos contenidos, y la ejecutoria de la selección bajo Kubala debiera ceñirse a los límites del deporte y el «music-hall», dentro de los que se encierra la tierra futbolística.

El propio Kubala ha brindado además un campo de acción menos espectacular, pero más de interés popular, a la acción propagandística de su etapa de seleccionador. «Lo que a mí me gusta de verdad es enseñar a jugar al fútbol a los niños y a los juveniles». Loable empeño. En el momento en que los cronistas deportivos se plantean por qué no hay canteras en las grandes ciudades del país (Barcelona, Madrid, Sevilla, Valencia), entrenadores a lo Kubala podrían servir para dar respuestas satisfactorias a la cuestión, de no temernos que entonces sí haya que recurrir a niveles político-económicos para explicarnos por qué no hay cantera futbolística.

Buckingham decía que cuando en un país la gente prefiere conseguir un grado medio técnico o cultural, en vez de promocionarse a través del fútbol, es un buen síntoma. El ex alumno del London School of Economics tiene una cierta razón. Pero no es la única explicación a que haya una evidente contradicción entre promoción política del deporte e imposibilidad económica y social de practicarlo. Aquí sí que hay que hacer análisis políticos de la cuestión. Por muchos Kubalas que entren en funciones, nada podrán hacer frente a los especuladores del suelo que están dejando las ciudades sin campos deportivos espontáneos, realmente populares, sin descampados no barraqueros en los que los muchachos consumen sanamente su ocio.

Pero mucho nos tememos que a los Kubala Boys se les pida que ganen y en paz. Todo lo demás ya tiene su organizado desorden.

■ LUIS DAVILA.



Kubala, que ayer fue un «cromo» coleccionable para los que hoy son sus «boys», sigue siendo un verdadero maestro...